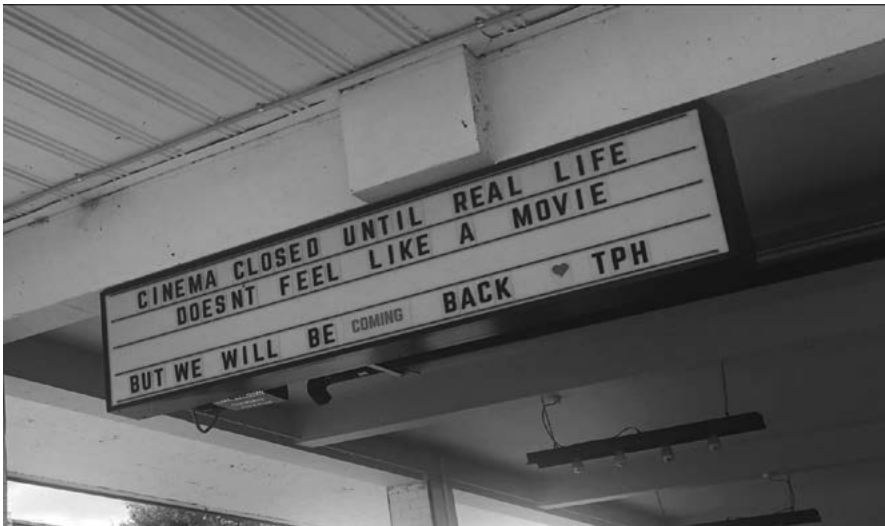


# Aislamiento y *circum*: el «duro deseo de vivir»



ALBERTO CABRAL<sup>1</sup>



Afectados, como todos, por los impactos subjetivos precipitados por el aislamiento, los psicoanalistas hemos apelado a nuestro arsenal conceptual para intentar hacerlos más comprensibles. Se ha hablado, en ese sentido, de «situación traumática compartida», se ha intentado trazar sus semejanzas y sus diferencias con las neurosis traumáticas y las neurosis de guerra descritas por Freud, se han mencionado insistentemente las pérdidas y el consecuente trabajo de duelo que nuestra actualidad exige...

Mi impresión es que las categorías de trauma y de pérdida, en tanto articuladas al deseo inconsciente, tienen para el psicoanálisis un sentido

1 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. [accabral@intramed.net](mailto:accabral@intramed.net)

altamente singular: es —por otro lado— lo que los torna operativos en nuestra clínica. Es lo que hace difícil «generalizar» la condición traumática de un acontecimiento disruptivo, por impactante que resulte desde una perspectiva convencional, y es también lo que hace problemático imputar *a-priori* un estatuto de «pérdida-a-duelar» a —por ejemplo— la muerte de alguien que nos es próximo, o la cancelación de un proyecto. Es la temporalidad del *a-posteriori* la que permite verificar, en el caso por caso, la significación de trauma o de pérdida: apresurarse a otorgarla, o darla por descontado, supone teñir con los propios prejuicios el acceso a la subjetividad de nuestros analizantes.

Mi impresión, también, es que los psicoanalistas contamos en cambio con algunas categorías que sí pueden sernos de utilidad para captar algunos fenómenos subjetivos compartidos a escala comunitaria. No tienen el estatuto de una formación del inconsciente: no presentan, entonces, ese rasgo de singularidad que es propio del *lapsus* o el síntoma. Son indicadores, en cambio, de alteraciones en la estabilidad del plano imaginario: su incorporación a la clínica psicoanalítica es el producto de una «apropiación crítica» de hallazgos de la observación psiquiátrica. El *transitivismo*, estudiado por la psiquiatría infantil, es uno de ellos; pero en el que me voy a detener, es en el *extrañamiento*: puede brindarnos pistas para captar aspectos de la conmoción subjetiva que, en grados variables, estamos atravesando.

¿Quién de nosotros, en el curso de un viaje, no ha atravesado la experiencia —fugaz pero inquietante— de extrañamiento, al despertar súbitamente en un cuarto de hotel poco frecuentado? La luz tenue que ingresa aún tímida por las ventanas se resiste a dibujar los contornos familiares y consabidos de nuestra habitación casera, e insinúa en cambio un escenario ajeno y desacostumbrado. Padecemos la literalidad de la sentencia de Ortega: «uno es uno y sus circunstancias...», al extremo de que si estas se modifican, dejamos de ser el «uno» en que nos reconocíamos.

La etimología nos ayuda, como seguramente ayudó también a Ortega: *circum*, lo que nos rodea. *Stare*, estar, y, por extensión, permanecer. Si lo que habitualmente nos rodea deja de «estar» ahí..., nuestro sentido yoico de permanencia y continuidad queda también amenazado. Es un fenómeno que forma parte de la psicopatología de la vida cotidiana: todos estamos expuestos a padecerlo, por poco que se conjuguen las coordena-

das que lo hacen posible. No es patrimonio, entonces, de una estructura psicopatológica particular.

La psiquiatría clásica —que disponía de un tiempo para la observación clínica que el efectismo de los psicofármacos parece haberle hurtado— exploró sus bordes. La *despersonalización* y la *desrealización* son registros afines al extrañamiento, que acentúan algunas de sus facetas: el sujeto se siente «desconectado» de sí mismo y sus procesos mentales en la primera; de su realidad, en la segunda. En ambas es habitual la referencia a percibirse «como un observador externo, como en una película».

La aproximación psicoanalítica —en particular el «modelo óptico» desarrollado por J. Lacan— ha contribuido a precisar la microscopía de estos fenómenos inquietantes. No es este el momento de ahondar en sus sutilezas. Digamos tan solo que, elaborado a partir de un experimento de física recreativa, el artificio ilustra la dependencia de la organización yoica respecto de los condicionamientos simbólicos que le otorgan consistencia. La mirada y los juicios del Otro, los hábitos (que también vienen del Otro) que encuadran nuestra cotidianeidad, son algunos de los múltiples componentes del *circum* que, para Ortega moldean al «uno» en el que nos reconocemos.

El aforismo de Ortega —que no era una referencia familiar para Lacan— parece anticipar en dos décadas algunos de los desarrollos del modelo óptico. Al punto que no sería un forzamiento decir que es la fijeza del *circum* (el espejo plano, en el modelo de Lacan) la que organiza, brinda estabilidad y continuidad al sentimiento yoico. Sus modificaciones, por el contrario, lo descompaginan.

Quienes tienen fresca la lectura de *El nombre de la rosa*, recordarán el rigor de las rutinas monásticas medievales. Las «horas canónicas» permitían una segmentación temporal de la jornada conventual, que inscribía cada franja de la cotidianeidad en una rutina compartida: brindaba a los monjes un sostén simbólico concentrado que les permitía prescindir de la multiplicidad de referencias simbólicas con que contaba, por el contrario, la vida habitual en las aldeas.

Eric Hobsbawm ha subrayado también el papel de las tradiciones (esos depósitos condensados de hábitos y rutinas) en la consolidación identitaria de las modernas corporaciones profesionales. Ha mostrado incluso que,

contrariando la opinión habitual, muchas de estas «tradiciones» son en realidad invenciones recientes: se las rodea de una aureola de antigüedad para realzar su prestigio y potenciar su eficacia performativa. Su obediencia machacona proporciona un *circum* estable, que permita a cada quien reconocerse y confirmarse como un «uno» integrante del conjunto, en la medida en que perpetúa los hábitos y rutinas propios de la corporación.

Mi impresión es que el extrañamiento, junto a los fenómenos con él emparentados, participa de los efectos subjetivos de este período de confinamiento, que tendemos a transitar en una atmósfera oniroide. Es habitual escuchar el comentario de estar viviendo estos días «como en un sueño...» cuando no en una pesadilla. La marquesina de un cine de Nueva York se ha hecho eco de este registro compartido [ver imagen]: «Cine cerrado hasta que la vida real no se perciba como una película».

Ocurre que hemos abandonado abruptamente nuestras rutinas cotidianas. Se desdibujaron buena parte de los parámetros laborales y vinculares que conformaban nuestro *circum* y brindaban sostén simbólico y sentido a nuestra existencia. Despojados de nuestro libreto habitual, la habitamos —en grados variables— como actores poco familiarizados con su guión. Nuestras nuevas «horas canónicas» nos resultan insuficientes: nos cuesta aún reconocernos en hábitos que han restringido notoriamente la riqueza y la diversidad de los vínculos y los escenarios que habitamos.

Nuestro mundo, por el momento, ha perdido su condición *Heimlich* (familiar) y se ha tornado bruscamente *Unheimlich* (no familiar-siniestro). Su extrañeza nos contagia, e intentamos, a tientas, re-acomodarnos: nos llevará seguramente un tiempo lograrlo. Un tiempo, ese sí, altamente singular: su extensión no tendrá tanto que ver con la elaboración de duelos por rutinas o proyectos perdidos (afortunadamente, porque los duelos —Freud *dixit*— se extienden por no menos de dos años), sino de los recursos subjetivos con que contemos. Entre ellos, sin dudas, aquel que Paul Eluard evocaba como «el duro deseo de durar». De él dependerá, en buena medida, la eficacia de nuestras nuevas rutinas y nuestros nuevos hábitos para que el mundo —reducido— que habitamos transitoriamente recupere, junto a una razonable cualidad vital, su condición de espejo familiar en el que podamos reconocernos. ♦